RECENSIONES

M. ARKUGAL, M. KERSCHNER, H. MOMMSEN, W.-D. NIEMEIER, *Töpferzentren in der Ostägäis. Archäometrische und archäologische Untersuchungen zur mykenischen, geometrischen und archaischen Keramik aus Fundorten in Westkleinasien. Mit einem Beitrag von S. Lanstätter. Ergänzungshefte zu den Jahreshften des Österreichischen Archäologischen Instituts, ed. F. Krinzinger, Heft 3. Wien. Österreichisches Archäologisches Institut, 2002, 157 pp. ISBN 3.900305-39-0.*

Dada su difusión en todo el área mediterránea, un estudio sobre centros alfareros, productores de cerámica jónica oriental merece especial interés, sobre todo si se presenta desde una perspectiva metódicamente tan convincente y bajo la autoría de investigadores tan competentes, especializados en este material desde hace muchos años. La cuestión sobre la procedencia de vasos cerámicos es, desde los años 1930, uno de los temas principales investigados en el área de la cerámica, lo que no extraña considerando el alcance de las conclusiones restantes.

El panorama cronológico de la obra en cuestión abarca ocho siglos, desde el siglo XIV al VI a.C., incluyendo, por lo tanto, cerámica de las épocas micénica, geométrica y arcaica. Aunque se incluye cerámica micénica, el énfasis del estudio reside claramente en la cerámica de época geométrica y sobre todo arcaica de los finales del siglo VII y el siglo VI a.C., como muestran las diferentes aportaciones de M. Kerschner, que ocupan la mayor parte del volumen.

Como es conocido, una gran parte del «problema» de la cerámica jónica resulta de la historia de la investigación. Así, hasta los años 1960, los hallazgos cerámicos procedían de una multitud de yacimientos como Naukratis y Tell Defenneh en Egipto, Berezan y Istros en la zona póntica, Massalia en Galia o Delos en los Cyclades, es decir, de yacimientos fuera del área jónica, de la cual, con excepción de pocos sitios como Samos o Larisa del Hermos y otros, considerados por diversas razones poco representativos, apenas había material conocido. Aunque se intentaba, por vía estilística y normalmente con buen éxito, de distinguir grupos cerámicos, las atribuciones regionales defendidas no se llegaron a contrastar con material procedente de excavaciones. De este modo, la producción de la Jonia misma, con sus destacadas *metropoles* Focea en el Norte de la costa egea, Efeso en el centro y Mileto en el Sur, quedaba incierta.

Es evidente que, al hablar de cerámica jónica en este contexto, nos referimos a los fragmentos pintados, es decir, de calidad, perteneciendo a alguno de los estilos cono-

cidos, como el «Estilo de cabras salvajes» («Tierfriesstil», «Wild Goat Style»), de Fikellura, o el estilo clazoméxico de figuras negras, etc. Siguiendo esta línea de planteamiento, también el libro en cuestión se concentra principalmente en estos estilos de pintura cerámica, dejando al margen aquella cerámica llamada jónica, pintada en bandas y encontrada normalmente en el Occidente en grandes cantidades.

La situación cambió en la época de los años 1980 y 1990, al iniciarse nuevos proyectos de investigación en dichos centros jónicos, ahora ya dedicados expresamente a la cerámica. Los proyectos, en uno u otro caso, son acompañados por varios análisis de laboratorio como es el caso de Mileto o Didyma¹. De este modo y con base a la ya enorme cantidad de cerámica, que en el caso de Mileto asciende a varias centenas de millares de fragmentos por campaña², es ahora cuando se abre la posibilidad de contrastar de un modo convincente los grupos anteriormente distinguidos con los nuevos hallazgos cerámicos y con los datos de laboratorio correspondientes. De hecho, el libro refleja los resultados de los respectivos estudios iniciados diez años atrás.

Después de unas líneas preliminares (Cap. 1, pp. 9-10) sigue el capítulo principal sobre los análisis químicos (Cap. 2, pp. 11-25), que incluye una explicación del método utilizado, así como los resultados concretos. En total, se analizaron 107 fragmentos procedentes de excavaciones sistemáticas recientes en siete *poleis* del Egeo oriental, especialmente de la costa occidental de Asia Menor. Son ellas: Mileto (unos 40 fragmentos), Éfeso (unos 30 fragmentos), Esmirna (unos 20 fragmentos), Focea, Dascilium, Erythrae y Clazómenae (de cada sitio unos 5 fragmentos). El método seguido es el del análisis de los fragmentos cerámicos por activación de neutrones (NAA - neutron activation analysis), cuyo procedimiento fue adaptado especialmente (Filtermethode). El desglose de todos los datos del análisis aparece en un anejo al final del libro (Cap. 6, pp. 121-136). De este modo está asegurada la total transparencia de datos, indicados como objetivo en el prólogo del libro.

El siguiente capítulo (Cap. 3, pp. 25-94) constituye la parte central para el arqueólogo. Siguiendo a una excelente introducción por parte de W.-D. Niemeier y M. Kerschner sobre la historia de la investigación de la cerámica micénica por un lado y de la geométrica-arcaica por el otro, se introducen los datos analíticos obtenidos en el contexto arqueológico. El análisis químico llevó a la distinción de nueve grupos químicos característicos, denominados con las letras A-J. En un segundo paso y en base a diferentes argumentaciones, se atribuyeron estos grupos a centros alfareros. El resultado consiste en la distinción por la vía del análisis, es decir, por vía directa, de un centro productor en Mileto, indicado por dos grupos, A y D, y otro en Éfeso: grupo H.

Con el hallazgo de cuatro hornos alfareros y las respectivas piezas con fallos de cocción, la definición de Mileto como centro productor, que desde siempre se había supuesto, ahora está bien asegurada. Los grupos A y D son testimonio de dos yacimientos de tierra arcillosa, habiendo sido explorado el del grupo A desde época micénica, es decir, durante cinco siglos por lo menos. Los

¹ Mileto: Dupont, P., *Naturwissenschaftliche Bestimmung der archaischen Keramik Milets, en: Mileto 1899-1980. Ergebnisse, Probleme und Perspektiven einer Ausgrabung. Kolloquium Frankfurt am Main 1980 ed. por W. Müller-Wiener (Tübingen 1986) 57 ss.* (= *Instabuler Mitteilungen Beiheft 31*). - Didyma: Gödecke, K., *Zur naturwissenschaftlichen Untersuchung der Fundkeramik aus Didyma. Ein Vorbericht, en: Tuchelt, K., Didyma. Bericht über die Arbeiten der Jahre 1980-1983, Istanbul Mitteilungen, 34, 1984, 260 ss.* - En general: Jones, R.E., *Greek and Cypriot Pottery. A review of scientific studies, Fitch Occasional Paper I (1986).*

² Véase obra reseñada, p. 43, n. 184, con la citación de los informes anuales correspondientes.

vasos cerámicos correspondientes vuelven a confirmar Mileto como lugar de procedencia de la cerámica Fikellura ya anteriormente supuesta (p.ej., E. Walter-Karydi), confirmada por análisis (P. Dupont) y también de forma muy clara indicada por el enorme volumen de hallazgos de fragmentos de Fikellura en las excavaciones. El problema, de hecho, parece resuelto, sobre todo porque no se perfila otro yacimiento comparable como centro productor, y el análisis en cuestión incluso descarta Éfeso. Además, hay que descartar la producción de las llamadas copas jónicas (Knickrandschalen) y de pájaros (bird-bowls, Vogelschalen), que, sin embargo, no son características únicamente para Mileto, sino para toda la región de la Jonia del Sur, es decir, incluyendo Samos. El panorama de la producción milesiense se cierra con vasos orientalizantes y del «Estilo de cabras salvajes» en la época del «Middle Wild Goat II», según R.M. Cook.

También para Éfeso los análisis aportan ahora una nueva base para la localización de una producción cerámica en época arcaica (grupo H) desde siempre supuesta. Son los hallazgos de un horno concretamente debajo de la Tetragonos-Agora de finales del siglo VII a.C. que proporcionan los datos necesarios aunque en menos cantidad y con menos precisión. De la cerámica pintada hay que señalar la producción de cotylai (bird-kotyle, Vogelkotylen) y el hecho, que la cerámica llamada *Ephesian Ware* por C.H. Greenwalt, tiene más probabilidad de proceder de Sardes que de Éfeso.

Los restantes seis grupos químicos se atribuyen a ciertas regiones de la Jonia, sin que se pueda señalar un centro concreto. La argumentación en estos casos consiste en la combinación de observaciones arqueológicas, es decir estilísticas, a través del dibujo de ornamentos y figuras, con el resultado químico. Así, parece que el grupo J puede proceder de una región del Sur o del centro de Jonia, y el grupo I del Sur. En la producción de «Copas de pájaros» («Vogelschalen», «bird-bowls»), así como de vasos en el «Estilo de cabras salvajes tardío» («später Tierfriesstil», «Late Wild Goat Style») y en el estilo clazoménico de figuras negras, se vislumbra un centro en la región del Norte de Jonia (grupo B/C, E, F), cuya ubicación, sin embargo, está por determinar con seguridad. Un resultado un tanto sorprendente para la arqueología del Occidente mediterráneo de cara a los debates de los años 1970 y 1980 es la observación de que Focea no era el centro principal de producción de la llamada cerámica focea, una cerámica gris que aparece con alguna frecuencia en los yacimientos correspondientes de Occidente.

Siguen los capítulos concluyentes y anejos como el catálogo de los fragmentos discutidos (Cap. 4, pp. 95-116), por W.-D. Niemeier, M. Kerschner y M. Arkugal, un anejo (Cap. 5, pp. 117-120) sobre un hallazgo de hornos de época helenística conteniendo vasos en miniatura por S. Ladstätter y, al final, el resumen que aparece traducido al inglés y al turco. En suma, cabe destacar que tanto la concepción del libro, la metodología como la discusión de la piezas es magistral, dejando ver en cada detalle el profundo conocimiento de los autores en la materia. De cara al centenario estudio de las cerámicas jónicas, el libro será una referencia, ya que los análisis de laboratorio permiten una discusión de las cuestiones de procedencia sobre una nueva base. Aunque el papel del arqueólogo en esta materia arqueométrica es normalmente pasivo y receptor (¿será que el número de fragmentos seleccionados es verdaderamente suficiente en el caso de los yacimientos representados por pocas piezas?), el estudio muestra de forma ejemplar cómo estos resultados pueden ser incorporados de manera fructífera en una investigación de carácter histórico-cultural como es el caso de la cerámica. Que los análisis aporten, en muchos casos, la comprobación por vía de laboratorio de una pro-

cedencia ya anteriormente expresada por la arqueología, confirma la eficacia del instrumental estilístico.

THOMAS G. SCHATTNER
Instituto Arqueológico Alemán de Madrid

JOSÉ RAMÓN AJA SÁNCHEZ, *Historia y arqueología de la Tardoantigüedad en Cantabria: La Cohors I Celtiberorum y Iuliobriga. Un ensayo histórico sobre la Notitia Dignitatum Occidentis XLII.30*. Madrid, Signifer Libros (Monografías y Estudios de Antigüedad Griega y Romana, 7), 2002 (211 págs., 9 figs.)

Con un estilo muy didáctico más tendente al ensayo que a la elaboración de unos apuntes para alumnos, José Ramón Aja centra su investigación en un tema histórico muy concreto: la veracidad de un dato de la *Notitia Dignitatum*. Inicialmente, el objetivo del autor fue comprobar la veracidad de un *topos* fijado tradicionalmente en la historiografía de Cantabria: la presencia de tropas romanas, en concreto, la *Cohors I Celtiberorum* en *Iuliobriga* en el Bajo Imperio, tal y como se indica en la *Notitia Dignitatum* en su capítulo XLII.30. El acierto de José Ramón Aja al plantear este, aparentemente, pequeño problema histórico ha sido no ceñirse a Cantabria, ni tampoco a la *Cohors I Celtiberorum*, sino que amplía su punto de mira al resto de las fuerzas militares romanas en el Noroeste de la Península Ibérica, entrando de lleno en el periodo de transición entre el mundo antiguo y medieval, o tardoantigüedad que para él abarca los siglos IV a VIII, distinguiéndolo de lo específicamente tardorromano, periodo que para Cantabria engloba el siglo IV y la primera década del V.

En el primer capítulo se exponen los argumentos esgrimidos por el A. para probar que esta unidad auxiliar de caballería no estuvo nunca estacionada en *Iuliobriga* a fines del siglo IV como afirma la *Notitia Dignitatum*. El registro arqueológico del yacimiento no sólo no avala una función militar de *Iuliobriga* en ningún momento de su historia romana, sino que niega la existencia de la propia ciudad en época tardorromana. Sin embargo, el A. no explica por qué acepta la primera parte del dato de la *Notitia: Tribunus Cohortis Celtiberiae, Brigantiae* y no la segunda: *nunc Iuliobriga*. ¿Es sólo una cuestión de respaldo arqueológico?

En el segundo capítulo analiza la trayectoria militar dentro y fuera de la Península de esta unidad auxiliar, quedando claramente establecida su historia desde su nacimiento en Hispania en el s. I, su traslado a *Britannia* en el II, desde donde actúa esporádicamente tanto en Hispania como en Mauritania Tingitana, y finalmente su vuelta a la Península Ibérica en el siglo III, momento en que se establece en *Brigantia* (campamento de Ciudadela) donde permanece hasta un momento indeterminado del siglo IV.

En el tercer capítulo se explican los motivos para pensar que la *Cohors* no sólo no estuvo nunca en *Iuliobriga*, ni tampoco en territorio cántabro; el A. tampoco encuentra razones para justificar su traslado a Cantabria desde *Gallaecia*. A la ausencia de argumentos arqueológicos, el A. añade otros ligados a las supuestas funciones que esta unidad auxiliar tendría que haber tenido en *Iuliobriga*: tanto estrictamente militares como civiles: no vemos actuar a la cohorte en el 409, ni en los años siguientes; por otra parte, la situación geográfica de *Iuliobriga*, no permite pensar que esta guarnición estaba encargada de vigilar la

uia annonaria que conectaba *Emerita, Legio VII* y *Burdigala*.

Sospechoso de la *Notitia Dignitatum* como documento histórico fiable, el A. dedica el cuarto capítulo a plantear hipótesis sobre el sentido que habría que dar al dato que trasmite esta fuente. Y aquí entra de lleno en un tema tan controvertido como la existencia y funciones del ejército imperial romano en la Península en época tardorromana. Se revisan importantes cuestiones como el supuesto *limes* defensivo, la localización de los campamentos de las unidades militares mencionadas en la *Notitia*, búsqueda de estas guarniciones y de otras que sabemos por fuentes históricas que estuvieron en Hispania en el siglo V, así como las posibles funciones del ejército en los siglos IV y V.

Uno de los valores del trabajo de José Ramón Aja es la utilización de teorías e hipótesis de otros autores que se han ocupado con anterioridad de todos estos temas. Si bien el A. consigue probar que *Iuliobriga* no existía ni como ciudad, ni como campamento en el IV, quizá su afán didáctico le ha conducido a una prolija redacción de posibles vías de acercamiento, al tema que plantea, y también a una constante duda sobre estas hipótesis.

ADELA CEPAS
CSIC

Mérida, Colonia Augusta Emerita (X. Dupré, Ed.) Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 2004. 166 pp., 10 láms. en color y 72 figs. (Las capitales provinciales de Hispania, 2)

Esta monografía colectiva sobre Mérida forma parte de una colección inicialmente prevista como un trabajo de síntesis y puesta al día sobre las tres capitales provinciales de Hispania. Afortunadamente, el proyecto inicial se ampliará a otros núcleos urbanos de la Península Ibérica en época romana. A los títulos recientemente editados, *Emerita, Tarraco* y *Corduba*, se añadirán, esperemos que en breve plazo, los correspondientes a *Cartago Nova* y *Caesar Augusta*. Se empieza a llenar de esta forma, el gran vacío de síntesis históricas que actualmente existe en la bibliografía española, al menos en una parte de la Arqueología tan importante y tan extensamente trabajada durante los últimos quince años como la arqueología urbana. Damos una calurosa bienvenida a esta colección que ciertamente será muy útil por varios motivos. Analiza, en breves capítulos, los problemas planteados en la investigación a la luz de las últimas excavaciones urbanas y rurales, y de las monografías recientemente editadas sobre las respectivas ciudades; y al mismo tiempo, proporciona una extensa bibliografía, actualizada y antigua, esta última de tan dificultoso acceso en algunos casos.

La monografía sobre Mérida romana abarca un amplio espectro de temas, tratados todos ellos por investigadores con una amplia trayectoria en sus respectivos campos o con una larga experiencia trabajo de campo en la ciudad. Todas las contribuciones muestran claramente lo mucho que se ha hecho y lo que todavía falta por hacer. Todo ello, junto a las abundantes fotografías sobre los distintos temas tratados, planos de la ciudad y plantas de sus edificios más característicos convierte este volumen en una herramienta de trabajo indispensable tanto para el ya iniciado en la historia de la ciudad, como para el que se acerca a ella por primera vez.

No es momento aquí de reconocer que la labor efectuada en las últimas décadas por instituciones estatales, comunitarias y municipales ha contribuido a cambiar el panorama arqueológico de la ciudad. De ello se encarga ampliamente en la introducción Xavier Dupré, editor de la

serie. Javier Arce (pp. 7-13) hace una revisión histórica desde su fundación hasta la conquista musulmana, revisando algunos de los problemas planteados en la investigación: fecha de fundación, emplazamiento, asignación de tierras, relevancia económica y evolución urbanística de la colonia. Gloria Mora (pp. 15-26) relata las noticias transmitidas por viajeros y eruditos desde el siglo XII hasta el XIX, dejando ver el esfuerzo realizado por todos ellos en preservar los valiosos y antiguos monumentos de la ciudad. Su trabajo es a la vez una historia de la investigación sobre Mérida y una exposición sobre los avatares sufridos por dichos monumentos. Por un pequeño descuido de la imprenta, en el pie de la figura nº 1, que reproduce el dibujo del teatro de Anton Van den Wyngaerde, figura la leyenda «Vista del anfiteatro de Mérida» en vez de la leyenda original que hacía referencia al teatro.

La topografía y la evolución urbana corre a cargo de Pedro Mateos (pp. 27-39) que junto con Félix Palma en un capítulo dedicado a la arquitectura oficial (pp. 41-53) describe la problemática en torno a la localización y análisis de los edificios que conformaron los dos foros de la ciudad: provincial y colonial. Rosalía-María Durán (pp. 55-65) analiza la evolución de los edificios destinados al espectáculo: teatro, anfiteatro y circo; la autora discute las fechas iniciales de edificación, así como las diversas fases de construcción y remodelación de estos edificios. Destaca, por la originalidad en el planteamiento expositivo, el capítulo dedicado a la arquitectura doméstica redactado por Miguel Alba (pp. 67-83); el autor va más allá de la mera descripción de los restos arqueológicos y nos ofrece una coherente interpretación sociológica de las viviendas dentro y fuera del recinto amurallado. Manuel Bendala (pp. 85-99) se ocupa del emplazamiento, tipología y organización del paisaje funerario emeritense a lo largo de su historia en época romana.

Pedro Dámaso Sánchez (pp. 101-111) muestra los problemas planteados sobre la extensión, límites y parcelación del territorio emeritense; así mismo, el autor expone los últimos avances en la investigación del sistema poblacional del territorio de la colonia, pero falta una cartografía adecuada que refleje no sólo la red viaria, sino también la extensa red de asentamientos de distinta funcionalidad que parece estar surgiendo a raíz de los recientes trabajos arqueológicos. Trinidad Nogales (pp. 113-129) analiza los programas decorativos de los espacios públicos y privados a través de los restos escultóricos de la colonia. En último lugar, Agustín Velázquez (pp. 131-147) revisa la historia de las colecciones arqueológicas, así como de la musealización de los diversos hallazgos encontrados en la ciudad romana.

En este amplio panorama de la colonia de Mérida, se echa en falta un capítulo dedicado al sector industrial, aunque algunos rasgos están trazados por Manuel Bendala y Miguel Alba en las partes correspondientes a la arquitectura doméstica y funeraria de *Emerita*.

ADELA CEPAS
CSIC

Julio Escalona Monge, *Sociedad y Territorio en la Alta Edad Media Castellana. La formación del Alfoz de Lara*. Oxford, British Archaeological Reports, International Series 1079, 2002 (249 págs. y 40 figs.)

Me es grato reseñar en una revista de Arqueología Clásica y dedicada preferentemente al mundo romano un trabajo elaborado por un medievalista. Esta publicación es el resultado de una cuidadosa revisión de su tesis doctoral.

El objetivo del libro es, como bien define su autor, «comprender la plasmación espacial de las sociedades para obtener del análisis de los patrones espaciales más información sobre las sociedades que los generaron» (pág. 3) El binomio territorio-sociedad se desarrolla de forma dialéctica a lo largo de todo este trabajo, dedicado a analizar estos dos elementos en un reducido territorio de la Meseta Norte —el Alfoz de Lara— a lo largo de un extenso periodo de tiempo: desde la Edad del Bronce hasta el siglo XIV con algunas incursiones esporádicas en épocas moderna y contemporánea.

La mirada retrospectiva para analizar las estructuras territoriales y sociales es lo más relevante del trabajo de Julio Escalona. El paseo histórico y arqueológico por periodos no habitualmente visitados por medievalistas no es gratuito, sino que forma parte de la metodología e hipótesis de trabajo del autor: la sociedad medieval castellana que aparece en los textos a partir del siglo X no surge del vacío, como ha mantenido la historiografía española de manera unánime desde Claudio Sánchez-Albornoz, o no se forma a partir de una «re población más o menos espontánea» de la Meseta, como se viene manteniendo desde la década de los 80 del siglo pasado, sino que engloba patrones de asentamiento y asume estructuras sociales prerromanas y romanas. El punto final de esta investigación de *longue durée* es, lógicamente, el territorio y la sociedad castellana de los siglos X-XI, sin embargo el autor consigue un equilibrado balance en los periodos históricos que analiza. Este es otro de sus méritos.

El A. se aleja de los planteamientos históricos basados en el invasionismo, etnicismo y difusionismo, tan usuales en la historiografía europea de los siglos XIX y XX, para explicar un proceso histórico caracterizado por el reemplazo generacional, en el que se rechaza la idea de despoblación y colonización-repoblación, admitiendo para las sociedades altomedievales de la Meseta un grado de organización interna mayor de lo que hasta ahora se ha supuesto y con un componente importante de continuidad de elementos procedentes de la Antigüedad, sin ser, claro está, una sociedad de tipo antiguo.

En un periodo de tiempo tan extenso, las fuentes documentales —textuales y arqueológicas—, son desiguales en volumen y contenido. Una breve mirada a las fuentes en las que el A. basa su trabajo explica también la propia historia del territorio que describe: la arqueología está presente a lo largo de todo el recorrido, aunque de forma casi exclusiva en el I Milenio a.C. y a partir del Bajo Imperio; inscripciones y textos aparecen en el Alto Imperio y los últimos predominan del siglo X en adelante. Creo que no es casualidad que ambos periodos —Alto Imperio y siglo X— sean momentos en los que las comunidades meseteñas pasen a depender de entidades políticas superiores, lo que el A. denomina «sistema englobante», al entrar a formar parte del Imperio Romano y del Reino Astur, abandonando forzosamente el perfil local y regional que les había caracterizado en la Edad del Hierro y a lo largo de la Antigüedad Tardía.

El A. consigue una buena simbiosis e interpretación de las fuentes usadas. Probablemente el arqueólogo, filólogo, epigrafista o documentalista tengan críticas puntuales a aspectos concretos de la investigación, pero desde un punto de vista global el resultado es satisfactorio. Una de las características de este tipo de investigaciones es que generalmente no se introducen las fuentes que se manejan, de forma que el lector se ve obligado a hacer en muchas ocasiones un acto de fe y aceptar la interpretación final si esta es lógica y coherente. En este caso creo que lo es.

Partiendo de esta base metodológica, el autor analiza unidades territoriales consideradas como tales en los documentos de los siglos X y XI, complementado con la

información del *Becerro de Behetrías* del XIV. Selecciona el Alfoz de Lara, territorio con una extensa documentación textual, contrarrestando de esta forma la parquedad de los datos arqueológicos tardorromanos y altomedievales.

Con aplicaciones teóricas de la Arqueología Espacial, el A. observa una continuidad en los patrones de asentamiento desde la Edad del Bronce al Alto Medioevo: este es su hilo conductor, pero no utilizado de forma mecánica, abandonando de esta forma cualquier tipo de relación directa entre organización territorial y social y patrones de asentamiento.

Aunque se deduce del discurso seguido por el A., supongo que para los medievalistas no muy duchos en técnicas de interpretación arqueológica hubiera sido de gran ayuda algunas notas sobre cómo se elabora un polígono Thiessen o cuáles son los criterios seguidos para determinar el grado de dispersión o concentración de una población; de la misma forma, los que venimos de Historia Antigua hubiéramos agradecido algunas consideraciones sobre el tipo de información que aportan documentos como el *Becerro de Behetrías*, los cartularios y demás documentos medievales utilizados.

El A. acompaña la interpretación histórica con una abundante cartografía diacrónica desde la Edad del Hierro hasta el s. XIV. La dificultad que supone la mezcla de elementos tan diversos como toponimia antigua y moderna, yacimientos de distinta funcionalidad y de incierta cronología pone de relieve que no es fácil elaborar un mapa comprensivo de una realidad social y territorial compleja. Este es uno de los retos de la cartografía histórica, esencial en un trabajo como el que nos ocupa. El A. lo consigue a medias. La claridad de los mapas es de una gran ayuda para un acercamiento rápido al tema, pero el uso de recursos sencillos como la utilización de una misma numeración para los yacimientos que continúan en el tiempo, hubiera sido de gran ayuda al lector, ignorante de la toponimia local, que también echa en falta otra información hidrográfica y orográfica, sólo presente en el mapa introductorio del territorio a analizar. Sobre la cartografía de época romana, sorprende que los núcleos urbanos y la red viaria aparezcan separados del medio rural en mapas distintos y sin escala, como si pertenecieran a un mundo ajeno al que el autor discute en el texto. En este sentido, la cartografía de época romana parece representar ese mundo «oficial romano» que engloba al mundo indígena y que tan acertadamente el A. discute a lo largo de su libro. Comentarios similares se pueden hacer acerca de la cartografía medieval. Un cuerpo de letra distinto hubiera ayudado a reconocer rápidamente los precedentes de la territorialidad medieval, ampliamente descritos en el texto. En contrapartida, el A. tiene el acierto de cartografiar a la misma escala los yacimientos del Hierro y romanos, y a escala ligeramente similar los medievales, lo que facilita enormemente la comparación histórica.

El A. se mueve en varias escalas —local, regional y estatal— y en dos tiempos —lento y rápido—, que sin querer pecar de mecanicista parecen coincidir el primero con las sucesivas generaciones que habitaron Lara, y el segundo con las irrupciones de Roma y del Reino Astur. En estos dos momentos, la región de Lara rebasa su anterior escala local y regional. Sólo el periodo visigodo, que arrastra todo lo anterior, se escapa del esquema.

Al hacer un recorrido tan largo en el tiempo, el A. muestra una visión global acerca de la formación y evolución de las comunidades meseteñas y del territorio que ocuparon. Tres conceptos presiden esta visión global: complejidad, continuidad y fragmentación.

Complejidad porque los cambios que cuenta el registro arqueológico y documental no se explican en función

de evoluciones internas o intervenciones externas o retrocesos al mundo indígena o meras difusiones culturales. Todo ello interviene de forma desigual conformando un proceso histórico complejo y muchas veces contradictorio en un estudio que intenta mostrar la formación de varias lógicas territoriales, varias respuestas sociales a los cambios; un estudio, por otra parte, en el que sociedad y territorio priman. Desde esta perspectiva toman cuerpo las transiciones: del Bronce al Hierro, del Hierro a épocas romanas, alto y bajo imperial, de época romana a visigoda, y así sucesivamente hasta la Plena Edad Media. De todas estas transiciones, la que más ocupa al autor es la que abarca ese largo periodo de tiempo que va desde el Bajo Imperio hasta el Medievo, la llamada Antigüedad Tardía.

El Alto Imperio supone para Lara la consolidación de procesos iniciados en el Bronce y especialmente en la Edad del Hierro: jeraquización social, desarrollo económico y formación de estructuras territoriales más complejas. Consolidación explicada como continuidad de elementos anteriores que se potencian, aunque el A. admite que estas comunidades difícilmente hubieran alcanzado por sí solas un nivel de desarrollo similar. Sin embargo, entran en escena y de forma rápida una serie de elementos que no permiten hablar sólo de continuidad y potenciación de elementos anteriores. Me refiero al establecimiento de una red urbana claramente jerarquizada, de una red viaria como forma de control político, económico y fiscal, de una explotación del suelo a gran escala, de una clara diferenciación entre medios urbanos y rurales, inexistente en la Edad del Hierro, de la presencia de unas oligarquías municipales, etc. Sólo pondré un pequeño ejemplo: vías ha habido en la Península Ibérica desde época protohistórica, pero no es lo mismo pensar en términos *Asturica-Tarraco* que en términos Lara-Peñadobe, o como se llamaran estos dos emplazamientos en la Edad de Hierro. Supone un considerable cambio de escala, que va más allá de una continuidad.

La fragmentación —territorial y social— es un concepto forjado por el A. para caracterizar la región de Lara desde el Bajo Imperio y especialmente a partir del siglo v en adelante. Fragmentación de territorios y de comunidades que, a falta de una buena estratigrafía, parece continuar en época visigoda, a pesar de la presencia en la Península de otro sistema político estatal, otro mundo oficial y englobante que, sin embargo, arrastra consigo las tendencias del cambio que se originaron en siglos precedentes.

Como claramente expone el A., la región de Lara no encaja en el cuadro histórico general del Bajo Imperio: no se detecta una quiebra entre la ciudad y su entorno. La autarquía no sirve para explicar un mundo rural tardío presidido por grandes latifundistas; no hay latifundios bajoimperiales y los *fundi* altoimperiales entran cómodamente en el Bajo Imperio, tanto los del entorno de Lara, como los que jalonan las vías, algunos con una importante actividad productiva a escala regional. Tampoco parece que el mundo urbano, ni las oligarquías que lo rigieron desaparezcan, sí claro está el *municipium Noua Augusta*, del que arqueológicamente se desconoce casi todo, pero no la centralidad de este asentamiento respecto al medio rural que le circunda. La disolución de la presencia estatal romana acentúa la fragmentación territorial de las comunidades de la zona. De hecho, no hay una cartografía que englobe los siglos v a ix. El registro arqueológico es demasiado tenue y una parte importante del hábitat rural queda fuera del campo de visión, disperso en una variada y compleja red de asentamientos que se organizan a escala regional.

La fragmentación territorial y social es un concepto que de alguna manera viene a reemplazar como modelo

explicativo para esta zona, y para otras muchas de la Meseta y del Noroeste, la «crisis generalizada» del siglo iii, la quiebra del equilibrio campo-ciudad del iv, el fin del comercio a gran escala y las invasiones del v, el establecimiento del Reino Visigodo en el vi y la existencia anónima (o ausencia) de las comunidades de Lara en los siglos viii y ix. Dejo para los medievalistas la tarea de valorar si la continuidad y la fragmentación explican el supuesto «vacío o colonización» del valle del Duero y la posterior evolución de las comunidades de la Meseta.

No creo que sea cuestión de un mero cambio de terminología. Julio Escalona lleva a cabo una interpretación histórica que, conjugando diversos tiempos y escalas, tiene el gran valor de detectar diferentes evoluciones que no encajan en el marco histórico general de la Península Ibérica.

ADELA CEPAS
CSIC

JOSÉ BELTRÁN FORTES, JOSÉ FRANCISCO SÁEZ GUILLÉN, JOSÉ RAMÓN LÓPEZ RODRÍGUEZ, GLORIA MORA, JESÚS SALAS ÁLVAREZ, DANIEL SEDEÑO FERRER, HELENA GIMENO PASCUAL, ARMIN U. STYLOW, BARTOLOMÉ MORA SERRANO, PEDRO RODRÍGUEZ OLIVA y MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, *El Museo cordobés de Pedro Leonardo de Villacevallos: coleccionismo arqueológico en la Andalucía del siglo xviii*, Málaga: Universidad de Málaga, Madrid: Real Academia de la Historia, 2003, 383 págs., ilustraciones en texto. ISBN: 84-7496-985-9.

Los estudios sobre coleccionismo arqueológico en España (excluido el numismático) son muy recientes aunque no es un campo de investigación ajeno a nuestra historiografía ya que contamos con los trabajos que les dedicaron Joaquín María Bover (1846), Sebastián Castellanos de Losada (1849-1850) y José Ramón Mélida (1902) a las colecciones reunidas por el Cardenal Antonio Despuig y Dameto, el diplomático José Nicolás de Azara, Martín Gurrea de Aragón, Duque de Villahermosa respectivamente. La renovación de los estudios sobre historiografía de la Arqueología ha reactivado el indudable interés por el coleccionismo arqueológico, si bien es cierto que se ha dedicado más atención a las colecciones reales, mejor documentadas y más conocidas que al coleccionismo privado mucho menos conocido y con menor accesibilidad y rastros documentales. A lo largo de la última década, no obstante, han ido apareciendo una serie de estudios que han centrado su atención bien en el origen del coleccionismo arqueológico en España (Morán, 1991; Lleó, 1995), en el estudio de colecciones concretas como las reunidas por el Marqués del Carpio (Cacciotti, 1994) y el Marqués de Estepa (Ballesteros, 2002) en el siglo xvii, la de José Nicolás de Azara (Cacciotti, 1993 y 2003), el Marqués de la Cañada (Buhigas y Pérez, 1995) y Antonio Despuig Dameto en el siglo xviii, o la de Antonio Vives (García-Bellido, 1993) en el siglo xix. Uno de los aspectos que más han llamado la atención es la fisonomía peculiar de nuestro coleccionismo arqueológico privado, al advertirse la ausencia de esculturas en las colecciones de antigüedades y la preferencia por coleccionar monedas, gemas y epígrafes y otros objetos de cierta relevancia a los que se concedía mayor importancia debido sin duda a su carácter de documentos históricos. Este interesante aspecto ha sido tratado en una reunión celebrada en el Museo del Prado bajo el título *El coleccionismo de escul-*

tura clásica en España (2001) y en la obra dedicada a la colección de los Duques de Alcalá que se conserva en la de Casa de Pilatos en Sevilla, una de las mejores colecciones arqueológicas privadas españolas (Trunk, 2002).

Ahora se suma a este atractivo y revitalizado campo de investigación este estudio, coordinado por J. Beltrán y J. R. López Rodríguez, sobre la colección de Pedro Leonardo de Villacevallos, una colección con un interés especial tanto por su concepción original como por la posibilidad que ofrecía el material y la documentación inédita conservado para su reconstrucción y estudio.

La obra se presenta estructurada en tres bloques en los que se analizan distintos aspectos: las fuentes documentales, la valoración de Villacevallos como anticuario y coleccionista, tanto el alcance de sus actividades y estudios como el contexto histórico y sus relaciones con otros eruditos y anticuarios y en la tercera el estudio y la fortuna de la colección reunida por el anticuario cordobés. En el primero de ellos, que en nuestra opinión debería de haber constituido un apéndice ya que no es más que un comentario y una sucinta relación de los documentos manuscritos que se encuentran en los archivos de distintas instituciones, J. Beltrán describe las fuentes documentales que se encuentran en la Real Academia de la Historia, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Palacio Real y la Biblioteca Municipal Serrano Morales de Valencia y J. F. Sáez relaciona la documentación existente en la Biblioteca Capitular y Colombina de la Catedral de Sevilla el núcleo más abundante conocido.

El segundo bloque está dedicado a analizar la personalidad de Villacevallos como anticuario y como coleccionista. J. R. López Rodríguez afronta la ardua tarea de construir la biografía de Villacevallos con los muy escasos y dispersos datos conocidos sobre el anticuario cordobés. A continuación G. Mora analiza la ubicación de Villacevallos en la anticuaría ilustrada, esto es, su relación con el mundo académico, principal contexto institucional en el que se desarrolla la arqueología española ilustrada, especialmente con la Real Academia de la Historia y la Real Academia Sevillana de Buenas Letras a las que perteneció Villacevallos, sus relaciones eruditas para finalizar con algunas notas sobre el coleccionismo cordobés y su monetario. J. Salas analiza la correspondencia de Villacevallos exhaustivamente según los temas tratados en las cartas (numismática, epigrafía, arqueología, museografía y otros temas) y añade, lo que es siempre de agradecer, al final de su artículo una relación pormenorizada de toda la correspondencia y sus interlocutores entre los que cabe destacar a Enrique Flórez, Gregorio Mayans, Juan Bautista Cimone, Guillermo Tyrro, el Conde del Aguila, Livino Ignacio Leirens, Patricio Gutiérrez Bravo y Andrés González de Barcia.

J. R. López Rodríguez, buen conocedor de la historia de los museos arqueológicos andaluces, analiza la formación, museografía y fortuna de la colección en un interesante artículo que ilustra con documentos muy relevantes y de excepcional interés sobre la disposición original que tuvieron los objetos (esculturas y epígrafes), es decir, de su museografía, un ejemplo único hasta el momento en nuestra historia de la arqueología.

Se incluye finalmente en este bloque la descripción del escudo de armas de los Villacevallos por Daniel Sedeño.

El tercer bloque que podemos considerar el grueso de la obra está íntegramente dedicado al estudio pormenorizado de la notabilísima colección que reunió Villacevallos. La colección, de acuerdo con los intereses erudito-anticuarios de su tiempo, estaba compuesta de esculturas clásicas, inscripciones romanas, mozárabes e islámicas, monedas griegas, púnicas, hispánicas, romanas (republicanas, altoimperiales y bajoimperiales), bizantinas y visigodas, andalusíes, medievales cristianas, modernas y

medallas y gemas. Sin duda el monetario integrado por seis mil monedas y medallas antiguas y modernas aproximadamente, de cuyo estudio se encarga B. Mora, y las noventa y cinco inscripciones romanas, analizadas por H. Gimeno y A.U. Stylow, son las más importantes y las que más prestigio le reportaron en vida. Pero quizá la serie más interesante sea la colección de esculturas clásicas, estudiada por J. Beltrán, ya que como hemos señalado se trata de un coleccionismo no muy usual entre los anticuarios españoles. Estas y las inscripciones eran las que estaban dispuestas en el patio-museo. No menos interesante es la colección de gemas o gliptoteca, también estudiada por J. Beltrán, aunque es más bien reducida.

En el cuarto y último bloque P. Rodríguez Oliva analiza la dispersión de la colección, que se origina, según el autor, nada más fallecer Villacevallos ya que su hijo y heredero no tenía afición por las antigüedades. Lógicamente el monetario y objetos de fácil transporte fueron los primeros en dispersarse mientras que los de mayor peso quedaron en la casa hasta que fue vendida en 1896 y los restos de la colección fueron adquiridos por Jorge Loring y enviados a Málaga para ingresar finalmente en el Museo Arqueológico de Málaga tras la Guerra Civil. Tras describir con detalle todo este proceso el autor relaciona y comenta las esculturas e inscripciones romanas de Villacevallos que de la colección Loring pasaron al Museo Arqueológico de Málaga, donde hoy se conserva tan importante legado, además de cinco inscripciones mozárabes y otras cinco árabes procedentes de Córdoba. Finalmente se añade una Addenda en la que M. Almagro-Gorbea aporta algunos datos sobre una inscripción griega falsa procedente de Carmona que Villacevallos adquirió en 1738.

Es una lástima que en trabajo tan profuso en datos no se haya incluido ni un índice onomástico ni un índice de figuras (quizá también de materiales) que hubiera facilitado su rápida consulta, así como haber incluido en un apéndice la relación de los documentos manuscritos y la correspondencia organizada cronológicamente y/o por interlocutores (y no por la institución en que se conserva el documento como se ha hecho) como ya hemos señalado.

En cualquier caso estamos ante un magnífico y meticoloso estudio fruto de varios años de esfuerzo y trabajo que sin duda ha de constituir una obra ejemplar para estudios venideros sobre el coleccionismo arqueológico en España en el que aún queda bastante por hacer, a la vez que se recupera la memoria del notable anticuario cordobés que fue Pedro Leonardo de Villacevallos que lamentablemente había pasado bastante desapercibido.

REFERENCIAS:

- BOVER, Joaquín María, 1846, *Noticia histórico-artística de los museos del Emmo. Sr. Cardenal Despuig existentes en Mallorca*, Palma.
- BALLESTEROS, Juan R., 2002, *La antigüedad barroca: libros, inscripciones y disparates en el entorno del III marqués de Estepa*, Estepa.
- BUHIGAS, José Ignacio y Pérez, Enrique, 1995, "El Marqués de la Cañada y su gabinete de antigüedades del siglo XVIII en El Puerto de Santa María", en J. Beltrán y F. Gascó (eds.), *La antigüedad como argumento. Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, pp. 205-221.
- CACCIOTTI, Beatrice, 1993, "La collezione di José Nicolás de Azara: studi preliminari", *Bollettino d'Arte*, n° 78, Marzo-Aprile, pp. 1-54.
- CACCIOTTI, Beatrice, 1994, "La collezione del VII Marchese del Carpio tra Roma e Madrid", *Bollettino d'Arte*, n° 86-87, Luglio-Ottobre, pp. 133-196.

- CACCIOTTI, Beatrice, 2003, "La dattiloteca di José Nicolás de Azara", en José Beltrán, Beatrice Cacciotti, Xavier Dupré y Beatrice Palma (eds.), *Illuminismo e Illustración: le antichità e i loro protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*, Roma, pp. 87-119.
- CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián, 1849-1850, *Historia de la vida civil y política del célebre diplomático y distinguido literato español el magnífico caballero D. José Nicolás de Azara*, Madrid.
- El coleccionismo de escultura clásica en España: actas del simposio: 21 y 22 de mayo de 2001*, Madrid: Museo Nacional del Prado, 2001.
- GARCÍA-BELLIDO, María Paz, 1993, *Álbum de dibujos de la colección de bronce antiguos de Antonio Vives Escudero*, Madrid.
- GRAU Y LOBO, Luis A, 1997, "Arqueología de la Arqueología: la formación, dispersión y recuperación de la colección Despuig", *Actas del II Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*, Málaga, pp. 71-76.
- TRUNK, Markus, 2002, *Die Casa de Pilatos in Sevilla, Studien zu Sammlung, Aufstellung und Rezeption antiker Skulpturen im Spanien des 16. Jhs.* Madrider Beiträge, Band 28. Mainz Am Rhein.
- LEÓ, Vicente, 1995, "Origen y función de las primeras colecciones renacentistas de antigüedades en Andalucía", en J. Beltrán y F. Gascó (eds.), *La antigüedad como argumento. Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, pp. 57-74.
- MÉLIDA, José Ramón, 1902, *Discurso de medallas y antigüedades de Don Martín Gurrea y Aragón, duque de Villahermosa*. Madrid.
- MORÁN, Miguel, 1991, "Arqueología y coleccionismo de antigüedades en la corte de Felipe II", en *Adán y Eva en Aranjuez. Investigaciones sobre la escultura en la Casa de Austria*, Madrid, pp. 35-47.
- PASQUALINI, Anna, 2003, "Interessi eruditi e collezionismo epigrafico del cardinali Antonio Despuig y Dameto", *Illuminismo e Illustración le antichità e i loro protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo*, Roma, pp. 295-309.

JORGE MAIER ALLENDE
Real Academia de la Historia

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ, *Trajano*, Editorial: Ariel, Biografías, Barcelona 2003, 309 págs. ISBN: 84-344-6700-3

Trajano, JAIME ALVAR y JOSÉ M.^a BLÁZQUEZ eds., Editorial ACTAS, s.l., Madrid 2003, 360 págs. ISBN: 84-97-39-038-5

En 2003 se han publicado dos libros sobre la figura y la época del emperador Trajano, en los que ha intervenido directamente el prof. Blázquez Martínez. El primero forma parte de la colección de Biografías publicadas por la editorial Ariel, aunque como el mismo J.M. Blázquez aclara en la Introducción, no ha pretendido hacer una biografía del emperador en el sentido estricto de la palabra, sino un estudio de la política de Trajano y de su época. Para ello el prof. Blázquez ha contado con la colaboración de varios especialistas en religión (S. Montero), mosaicos (G. López Monteagudo) y la familia Ulpia-Aelia (A. M.^a Canto). Por este motivo el libro se resiente de la unidad estilística que cabe esperar de una monografía, con algunas descompensaciones en los temas tratados. No obstante, el resultado final ha sido un estudio global bien

estructurado, a la manera académica, a la que es tan proclive el prof. Blázquez de hacer compartimentos independientes —que en este caso forman los 13 capítulos del libro— cada uno de los cuales contiene a su vez varios enunciados. A lo largo de las 300 páginas del libro el lector curioso no va a encontrar una biografía novelada del emperador hispano que inauguró la nueva dinastía Ulpia-Aelia, sino una serie de aportaciones analíticas de todo orden —políticas, militares, económicas, sociales, administrativas, religiosas, artísticas— que configuran la personalidad de Trajano, proporcionando una idea cabal de lo que constituyó el advenimiento de este hispano al poder de Roma, el cambio que supuso respecto a sus predecesores, a pesar del corto espacio de tiempo que duró su reinado. Quizás habría que destacar de todo el libro la atención que el prof. Blázquez presta a la política territorial seguida por el emperador, tan de plena actualidad. El libro es de gran utilidad tanto para el público en general, que encontrará en él una buena fuente de información, como para el estudioso por los muchos y valiosos datos que aporta sobre la época de Trajano. Hacía falta una síntesis de este tipo, que aunara los numerosos estudios que se han realizado sobre el *optimus princeps*, así como las aportaciones de última hora, y J. M. Blázquez lo ha conseguido.

La figura de Trajano fue también el tema del Curso de Verano de la Universidad Complutense de Madrid, organizado por el Prof. Blázquez en El Escorial en 1998, bajo el título EL IMPERIO DE TRAJANO, en conmemoración del 19 centenario de la llegada del italicense al poder en el año 98 de la era. Parte de las comunicaciones, junto a otras nuevas aportaciones, se publican ahora en Editorial Actas con el título de *Trajano*, siguiendo la trayectoria biográfica marcada en 2000 con el libro sobre *Alejandro Magno. Hombre y Mito*. Son 15 estudios sobre diversos aspectos del reinado del emperador que vienen a enriquecer los muchos que con motivo del aniversario se pusieron de manifiesto en los distintos actos celebrados para conmemorar tan fausta ocasión. En publicaciones de este tipo, es difícil conseguir una unidad temática que, por lo demás, tampoco es lo que se busca, sino que cada especialista aporte nuevos datos o dé una perspectiva sobre determinados aspectos del reinado del gran estadista hispano. El libro que ahora comentamos, sin ser exhaustivo, reúne ambas premisas ya que los temas tratados guardan una cierta conexión por ser temas que atañen a la política expansionista del emperador (J. Martínez Pina, L. Gasperini, S. Perea Yébenes) y, por ende, a su postura respecto a otras culturas y religiones (J.M. Blázquez, D. Plácido, J. Alvar, M. Salinas de Frías, V. Alonso Troncoso), así como a la actividad edilicia desarrollada en todo su imperio (M. Trunk, J.M. Campos Carrasco y J.A. Pérez Macías), incluyendo la decoración musiva de los suelos (G. López Monteagudo), como consecuencia de la *pax traiana* y la paz interna, la *securitas*, que proporcionan las victorias exteriores (M.J. Hidalgo de la Vega). Son algunos de los aspectos de este reinado tan corto y, sin embargo, tan intenso, cuyo tratamiento contribuye, junto al de sus orígenes (A.M. Canto) a conocer mejor la figura de Trajano, tema de las aportaciones que abren y cierran el libro (J.M. Roldán Hervás, J.M. Cortés Copete).

G. LÓPEZ MONTEAGUDO
CSIC

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ, CLAUDE DOMERGUE, PIERRE SILLIÈRES, *La Loba (Fuenteovejuna, province de Cordoue, Espagne). La mine et le village minier*

antiques, Ausonius Publications, Mémoires 7, Bordeaux 2002, 424 págs. ISSN: 1283-2995, ISBN: 2-910023-29-X.

Bajo la dirección de los tres autores arriba indicados, la Universidad de Burdeos III ha publicado en la Serie Ausonius Mémoires un estudio exhaustivo sobre el yacimiento minero de La Loba (Fuenteovejuna, Córdoba), en el que han colaborado 14 especialistas. El resultado ha sido una excelente síntesis de este importante yacimiento, del que se han excavado más de 2.000m², cuyos orígenes podrían remontar al Calcolítico (Olivier Kayser), muestra vestigios de ocupación en el Bronce Final (Claude Domergue) y se explota masivamente por los romanos entre finales del siglo II y comienzos del siglo I a.C., 125-119 y 90-80 a.C. (Claude Domergue). No se trata, sin embargo, de una memoria de excavaciones aunque los resultados de las tres campañas, llevadas a cabo de 1978 a 1981 bajo el patrocinio de la Universidad de Toulouse-Mirail (C. Domergue), la Universidad Complutense de Madrid (J.M. Blázquez) y la Escuela Universitaria de Ingeniería Técnica Minera de Bélmez (R. Hernando Luna), hayan sido el punto de partida para el conjunto de los estudios que conforman la obra, sino que los temas son tratados por los distintos especialistas de forma monográfica, incluyendo sendos apartados sobre la geología y los minerales de la zona: cobre, plata y plomo (Rafael Hernando Luna, Claude Domergue), y los análisis mineralógicos y cristalográficos realizados por Francis Tollon.

Lo realmente excepcional de este yacimiento minero es que nos ha revelado no solamente un almacén intacto con los utensilios de hierro de las minas, sino también el hábitat de los mineros y de los metalúrgicos de época romana, aunque sea de manera parcial, puesto que sólo se han excavado una decena de casas y, por consiguiente, una serie de materiales de incalculable valor documental sobre la vida y la identidad de sus pobladores (Claude Domergue y Pierre Sillières). Baste recordar los objetos metálicos (Claude Domergue), las ánforas (Lawrence Benquet y Fabienne Olmer) y las monedas (Francisca Chaves y Paloma Otero Morán) y también el material cerámico (Michel Passelac), analizado por Valérie Merle-Thirion y Maurice Picon, y otros objetos de piedra, vidrio y hueso (Claude Domergue), sin olvidar los grafitos sobre la cerámica (Pierre Moret).

La proximidad del yacimiento al Guadalquivir a través del Guadiato explica la salida de los productos explotados y la llegada de cerámica campaniense y de ánforas de vino de Campania, revelando la procedencia itálica de los publicanos o de los empresarios privados que explotaron la mina. Esta buena red de comunicaciones no explica, sin embargo, la ausencia de monedas de cecas relativamente próximas a la Loba, como las de *Corduba* y *Carmo* y, por el contrario, la abundancia de otras mucho más lejanas, como son *Castulo* y *Obulco*, hecho que las autoras de este capítulo ponen en relación con el posible control de la mina de la Loba por las *elites* de aquellos centros dedicadas a la organización y explotación de las minas, tesis bastante plausible ya que explicaría, asimismo, la ausencia de numerario de bronce de la ceca de Roma. Más difícil de sostener es la tesis de L. Benquet y F. Olmer sobre la procedencia del aceite de la Tripolitania, ya que en aquella fecha esta región del Norte de África no pertenecía al Imperio romano y, por otra parte, es inaceptable su afirmación acerca de que la producción oleícola hispana no se había desarrollado aún a comienzos del siglo I a.C., puesto que el aceite hispano era conocido desde una fecha muy temprana, como atestigua Estrabón. Por ello, es prácticamente insostenible la hipó-

tesis de unos posibles «liens personnels entre les responsables de la mine de La Loba et quelques trafiquants pratiquant une sorte de commerce triangulaire entre l'Italie du sud, l'Afrique du nord et le sud de la péninsule Ibérique, fondé principalement sur le vin d'Italie, l'huile d'Afrique et les métaux de la Sierra Morena» (p. 322).

Verdaderamente es una pena que cuestiones ajenas al mundo científico impidieran continuar con una exploración arqueológica de tanta importancia para la economía del mundo antiguo, aunque fuera con otros especialistas y bajo el control de las instituciones autonómicas competentes. La Loba fue la primera explotación masiva de las minas de la Península Ibérica en época romana y ello le confiere un valor documental que merece ser revitalizado. Aparte de que la continuación de las excavaciones quizás hubiera permitido obtener datos acerca de las causas que ocasionaron el fin de este yacimiento en el primer cuarto del siglo I a.C., como ocurre en otros lugares mineros de Sierra Morena, coincidiendo con un periodo de inestabilidad cuya naturaleza por el momento se nos escapa, pero que al parecer provocó un abandono precipitado de la mina.

G. LÓPEZ MONTEAGUDO
CSIC

JAVIER ARCE (ed.), *Centcelles. El monumento tardorromano: iconografía y arquitectura*, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 2002, Bibliotheca Italica, Monografías de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, nº 25, 124 págs. ISBN 88-8265-169 X.

Después de varios años de su celebración, por fin se han publicado las Actas del coloquio organizado por J. Arce en noviembre de 1995 en Roma. Aunque es mucho lo que ya se ha escrito sobre Centcelles, evidentemente la importancia del monumento y los muchos problemas que suscita su programa arquitectónico y sobre todo el decorativo, sigue produciendo controversias varias y, por este motivo, siempre hay que celebrar cualquier intento de contrastar y, en su caso, aunar, opiniones, aunque el debate continúe abierto.

Me consta, porque así me lo ha confirmado el organizador del coloquio, que éste se concibió con un plan determinado de análisis conducente a establecer la cronología y no como la suma de varias ponencias de especialistas en arquitectura e iconografía del Bajo Imperio. Los resultados, con algunas incidencias puestas de manifiesto en el prólogo por el editor, se han concretado en nueve trabajos con opiniones muy discutibles, pero todas ellas válidas porque sostienen argumentaciones cimentadas sobre bases de peso, aunque a veces no se comparta la interpretación que se hace de las mismas.

Si se prescinde de los datos arquitectónicos y arqueológicos de Centcelles y la atención se fija solo en el programa iconográfico, tan válidas son las opiniones de R. Warland y A. Arbeiter, como las de J. Arce y A. Isla, que defienden ideas tan contradictorias como las de suponer que los personajes representados son los *domini*, los emperadores o los obispos, porque bases para sostener estas tesis las hay tanto desde el punto de vista iconográfico como literario. Personalmente, por mi dedicación a la musivaria romana y a los aspectos económicos y sociales que gran número de las escenas reflejan, me encuentro más cerca del mundo de los *domini* de Warland, estudio muy bien argumentado aunque con ciertas objeciones, pero tampoco rechazo otras opiniones mientras

no se disponga de datos arqueológicos fiables, aún cuando me parezcan un poco forzadas, desde el punto de vista iconográfico, las tesis que abogan por los dignatarios eclesiásticos.

En cuanto a la finalidad de la sala, la decoración de la cúpula no es determinante para afirmar su carácter exclusivamente funerario. El programa decorativo forma un conjunto perfectamente armonizado en su contenido (escena de cacería, escenas bíblicas, las estaciones, los personajes sentados en *cathedrae*) al que indudablemente se le puede dar un sentido funerario, pero también filosófico en torno a las ideas de *virtus*, de *sophia*, de bienestar, en fin ideas muy arraigadas en el mundo romano de los valores contrapuestos, como algunos hemos intentado demostrar en varios de nuestros trabajos.

La impresión final es que, mientras no se retomen las excavaciones y se amplíe el campo de análisis, es muy difícil conjuntar los datos arquitectónicos y los iconográficos con vistas al establecimiento cronológico, porque las variadas interpretaciones que suscitan las imágenes, ya de por sí ambiguas, y su análisis comparativo y estilístico pueden llevar a falsas cronologías. De todas formas, el coloquio supuso un paso más en la comprensión de un monumento tan complejo como es Centelles, aunque quizás su concepción responde a unos criterios mucho más sencillos que los que se han ido tejiendo a lo largo de los años.

G. LÓPEZ MONTEAGUDO
CSIC

ANTONIO AGUILERA MARTÍN, *El Monte Testaccio y la llanura subaventina. Topografía extra portam Trigeminam*. CSIC, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (Serie Arqueológica 6), Roma 2002. 258 pp., ISBN 84-00-08039-4.

Desde 1989 Antonio Aguilera es uno de los componentes de la misión española que excava el Monte Testaccio en Roma y el libro, dividido en tres capítulos es fruto de varios años de trabajo sobre la topografía de la zona. En este libro el autor estudia la formación e historia del Monte Testaccio y su inserción en la *Regio XIII* de la Roma clásica. Pero el trabajo no sólo abarca esta región si no que se amplía para proponer una nueva teoría sobre la disposición de los *vici* de la *Regio XIII* en base a los Regionarios, la *Base Capitolina* (CIL VI 975) y el Itinerario de Einsiedeln, además de estudiar la viabilidad del Tíber desde la costa hasta el puerto fluvial de la llanura subaventina.

En efecto, el libro comienza con un capítulo dedicado a Ostia y el Tíber en el que el autor se interesa sobre el funcionamiento del puerto fluvial de Roma en relación a los enclaves marítimos de Ostia y Portus. Aquí también se estudia la evolución del río como vía de transporte hacia Roma y en particular el autor plantea la existencia

de un camino de sirga desde mediados de la segunda centuria a.C. que cambió de orilla varias veces en el tiempo según las necesidades del abastecimiento.

En el segundo capítulo Aguilera estudia la creación del puerto fluvial de la llanura subaventina poco después de la segunda guerra púnica y su evolución hasta la creación de la muralla aureliana, que sofocó la viabilidad de la zona. Esta zona logística, de más de 70 ha. de superficie, estuvo constituida por el *Emporio*, la *Porticus Aemilia* y por numerosos *horrea* que crecieron inmediatamente a sus espaldas, especialmente los Galbana, Seiana y Lolliana. El autor propone como fecha de construcción de los *horrea* Galbana los años cercanos al 144 a.C. Por su parte, los *horrea* Seiana habrían sido construidos en el 74 a.C. y estarían claramente en relación con la fundación del Monte Testaccio y la llegada, en un primer momento, con el aceite brindisino necesario para regular los precios en el mercado romano. Los *horrea* Lolliana habrían sido construidos hacia el 71 a.C. Por otra parte, Aguilera plantea identificar como lugares destinados al control aduanero tanto la *Porticus Aemilia* como los vecinos *Aemiliana del portus Tiberinus*.

En este mismo capítulo el autor expone una hipótesis de localización de los diversos *vici* y monumentos de la *Regio XIII* basándose para ello en la *Base Capitolina* (CIL VI 975), los Regionarios (*Curiosum* y *Notitia*) y el Itinerario de Einsiedeln. Entre otros, sitúa el *Forum Pistorum* y la *Porticus Fabaria* en la estrecha franja de tierra existente entre el Tíber y el noroeste del Aventino.

En el tercer capítulo se estudian en primer lugar las vicisitudes históricas del Testaccio, no sólo en la antigüedad si no también hasta nuestros días. El autor contrasta los nuevos hallazgos realizados por la misión española que excava el Monte con los antiguos datos recogidos por Dressel, Bruzza y Rodríguez Almeida o las noticias históricas recopiladas por Orano. A partir del estudio minucioso de todos los datos el autor plantea una hipótesis evolutiva del Testaccio, desde su creación hasta hoy. El Testaccio habría sido constituido como vertedero hacia el año 74 a.C. y se utilizó hasta que la construcción de la muralla aureliana interrumpió la viabilidad de la zona. El Monte habría dispuesto de tres plataformas: la primera datable entre el año 74 a.C. y el 149 d.C.; la segunda, añadida a occidente de la primera, datable entre los años 161 y 224 d.C. Finalmente, una tercera plataforma, a oriente de la primera, se dataría entre los años 224 y 265, siendo éste el año aproximado de abandono del Monte, clausurado por la construcción de la muralla aureliana. Por ello, los *curatores* del vertedero se verían obligados a buscar un nuevo lugar donde acumular las ánforas aceiteras que obviamente seguirían llegando a Roma. Ese nuevo lugar debió estar sin duda en la orilla contraria del río, aunque desconozcamos aún su situación exacta.

Finalmente hay que destacar que las ilustraciones del libro son muy interesantes y la planimetría de gran precisión. Los índices son muy útiles y la calidad de la publicación muy agradable.

J. M.ª BLÁZQUEZ MARTÍNEZ